

LECTURA

Del horrible peligro de la lectura¹

por Víctor Moreno*

Al hilo de los contundentes y provocativos asertos vertidos por el polémico escritor Georg Christoph Lichtenberg (1742-1799) en su libro Aforismos, el articulista cuestiona, no sin unas buenas dosis de humor, algunas de las ideas hoy en boga acerca de la utilidad de la lectura y de su promoción entre el público infantil.



«Cuando un libro y una cabeza chocan y suena a hueco, ¿es siempre debido al libro?»

G.C. Lichtenberg.

Ignoro completamente si los libros poseen capacidad para disminuir la estupidez que ya por naturaleza transportamos las personas en la sangre. Por si tal milagro fuese posible, me aventuro a afirmar que ningún libro como *Aforismos*, de Georg Christoph Lichtenberg (1742-1799)² para devolver al ser humano al camino de la sensatez, del humor y de la perplejidad ante las verdades absolutas. Aunque no creo que el propio autor, un tipo jorobado y con los cartílagos hechos polvo, además de ser bajito de estatura y cultivador de una hipocondría sobresaliente, atribuyera a ninguno de sus aforismos tal capacidad de metamorfosis. Precisamente será éste —la relación lector y libro— uno de los asuntos a los que el propio autor dedique más de un aforismo.

El inventor de las chispas

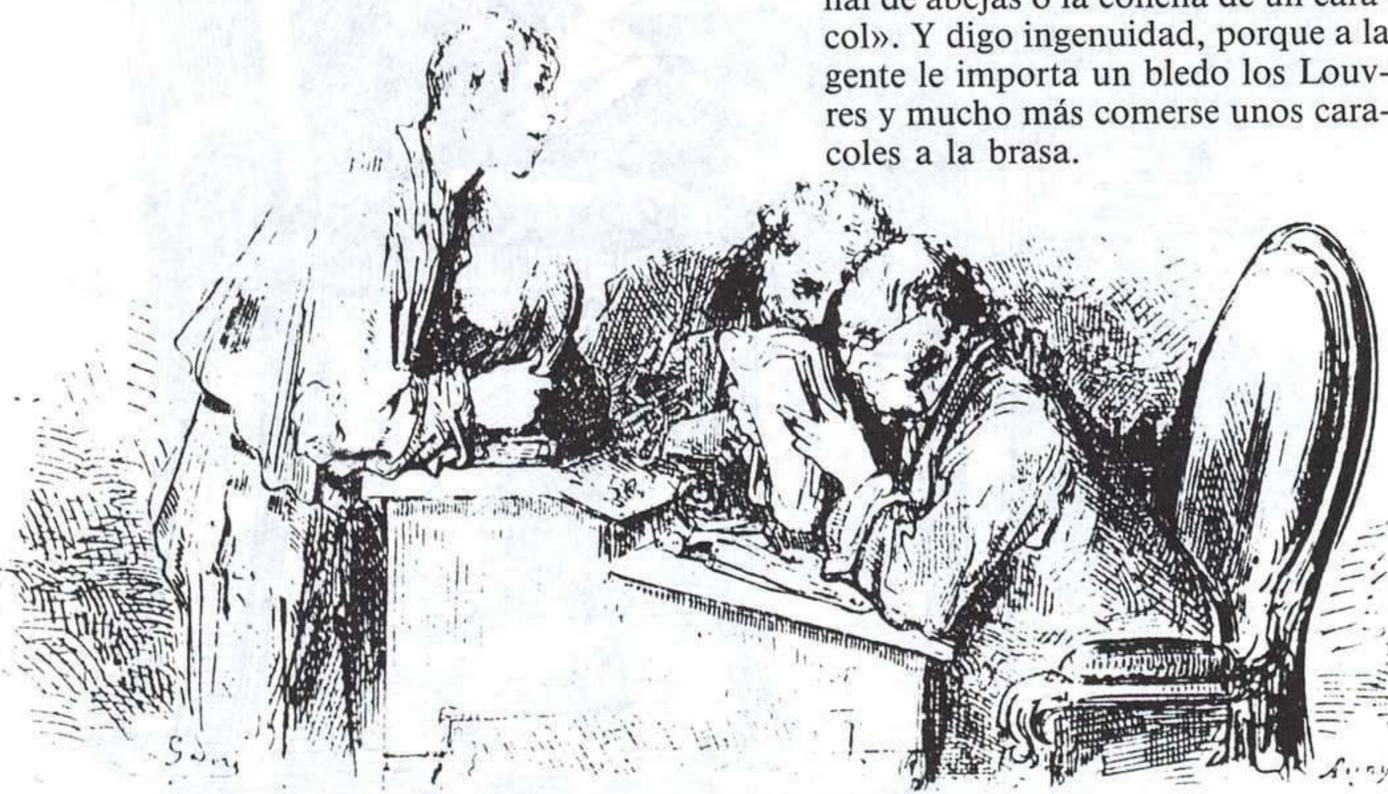
Digamos como carta de presentación que Lichtenberg³ nació en Oberamstedt y murió en Gotinga, en cuya Universidad fue profesor de Física. Según las lenguas bien fundadas, fue un experto en chispas eléctricas y pa-

rarrayos, al mismo tiempo que amante y defensor acérrimo de los balnearios. Compartió el gusto por lo pequeño, lo insustancial, porque consideraba que la verdad está, cuando lo está, en los matices, y no en las groseras generalizaciones. Durante toda su vida estuvo poseído por un humor —algunas veces poético, otras negro— que lo salvó, en muchísimas ocasiones, de los efectos insoportables de la hipocondría. Escribió una *Historia natural de las moscas domésticas*, un tratado sobre la *Conveniencia de colorear el fuego de las chimeneas*; desarrolló, antes que Freud, toda una mermelada psicológica sobre los sueños en su *Teoría de los pliegues de una almohada*; e ideó un antihéroe —como réplica al Werther de Goethe, a quien odiaba— llamado *Parakletor o los motivos de consuelo para quienes no son genios originales*. Detestaba los libros gordos, detalle que no le impedía, sin embargo, caer de bruces en santa ingenuidad cuando afirmaba que «lo que siempre me ha gustado en el hombre es que siendo capaz de construir Louvres, pirámides eternas y basílicas de San Pedro, pueda contemplar fascinado la celdilla de un panal de abejas o la concha de un caracol». Y digo ingenuidad, porque a la gente le importa un bledo los Louvres y mucho más comerse unos caracoles a la brasa.

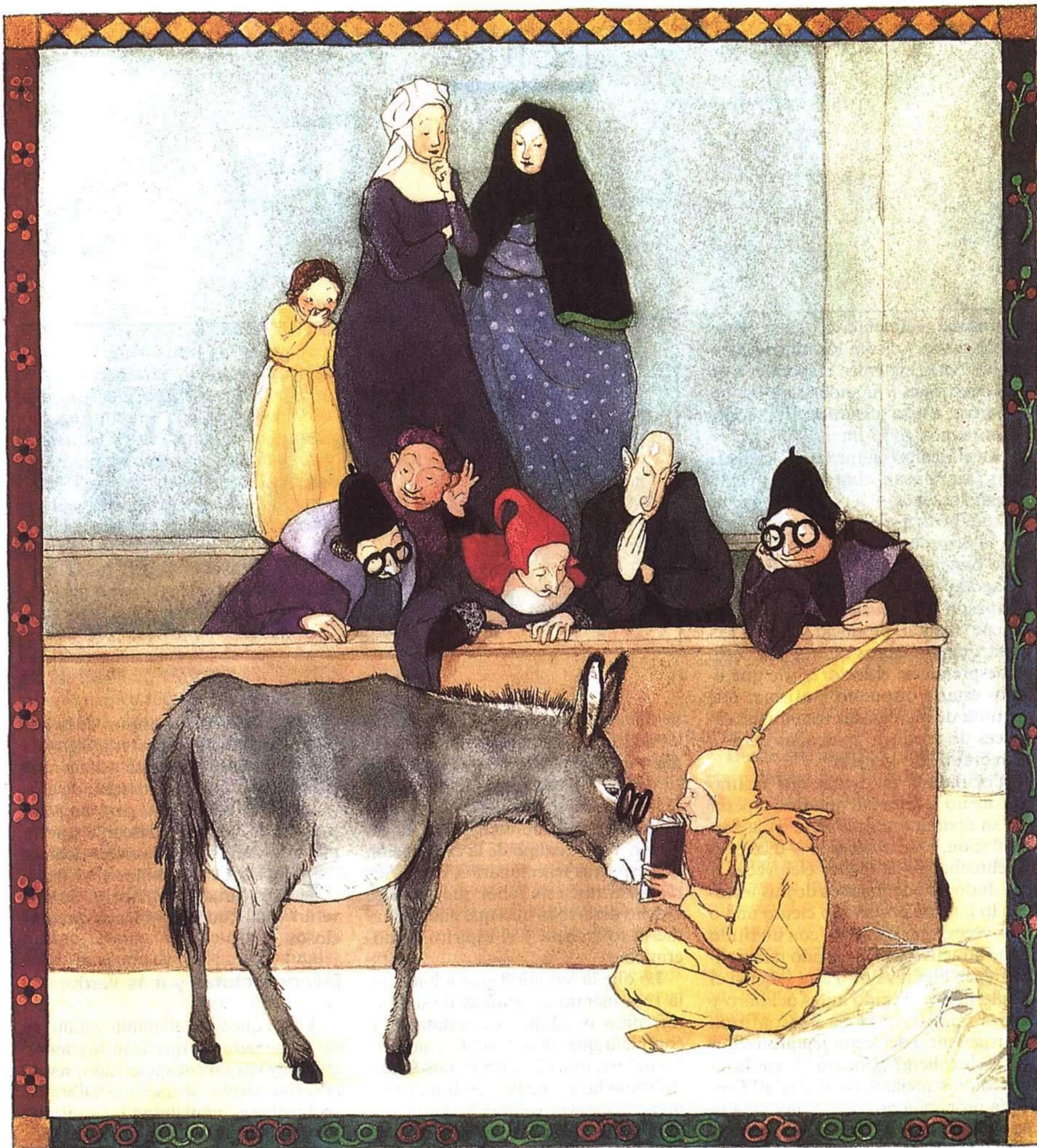
El libro de *Aforismos* es de los libros que deja un inolvidable recuerdo. Por esta razón, tal vez convenga no leerlo. O si uno cae en esa terrible tentación, procurar, por todos los medios, que no lo lean nuestros enemigos, pues los ha de volver más cautos y más inteligentes. Como libro, no tiene argumento. El único argumento es la personalidad de Lichtenberg, que llena las páginas del mismo con su original visión del mundo. Y para leerlo hay que leerlo como se decía antes del Kempis: a la manera de las gallinas cuando beben el agua. A sorbos, poco a poco. Para saborearlo. Pues el libro de Lichtenberg es un festín, un banquete, un alud de ideas, de pensamientos, de chistes, de anécdotas, de comentarios, de greguerías, de reflexiones, en definitiva, de la visión del mundo de un ilustrado con mirada interdisciplinaria de las ciencias.

Lichtenberg, observador contumaz de la realidad de su tiempo, se atreve con todo lo humano y, en ocasiones, lo divino de la existencia. Por sus páginas, que estallan como chispas, se nos habla de sueños, de literatura, de balnearios, de Kant, de Goethe, de dietética, de educación, de mujeres: «Las mujeres bonitas son contadas hoy en día entre los talentos de sus maridos». «Vaya honra la que tienen las mujeres, a media pulgada de distancia del ano.» De libros y de democracia: «En el mundo se puede vivir muy bien diciendo profecías, mas no diciendo verdades».

Y todo ello dicho de una manera brillante, humorística, humilde y, arrogantemente, con pasión y, sobre todo, con humor, especialmente cuando habla de sus paisanos: «Conozco un país donde a las patatas se les llama compatriotas», o «Me fui a Inglaterra para saber escribir en alemán». Y, también, de una manera poética, hechura narrativa que recuerda, en más de un caso, a las greguerías de don Ramón: «El reloj de la ciudad vuelve a tener ataques reumáticos», o «Un pez que se ahogó en el aire».



GUSTAVE DORÉ, FABLES DE LA FONTAINE, PARIS: SACELP, 1982.



LISBETH ZWERGER, TILL EL TRAVIESO, BARCELONA: DESTINO, 1991.

Los libros, esas extrañas mercancías

De entre los muchos aspectos que esboza el autor, me detendré en un punto que puede resultar de grave interés para los maestros en particular y los lectores en general. Pero, antes de hacerlo, es conveniente referir lo que pensaba Lichtenberg sobre la materia que nos llevamos entre sintagma y sintagma, los libros.

Afirmaba el cáustico Lichtenberg que «es difícil que exista en el mundo una mercancía más extraña que los libros. Impresos por gente que no los entiende; vendidos por gente que no los entiende; encuadernados, criticados y leídos por gente que no los entiende, y, lo que es peor, escritos por gente que no los entiende». Puestas así las cosas, podríamos jugar, con nuestros compañeros de profesión, a responder a estas impertinentes cues-

tiones: de los libros que circulan por el mercado, pensados para esas criaturas diabólicas, llamadas popularmente niños, ¿qué títulos recordamos cuya impresión parezca deberse a unas zarpas en lugar de manos? ¿Qué librerías y libreros nos hemos topado en nuestras vidas que confundan la venta de los libros con la compraventa de un jamón o una chistorra? Y lo que es peor: ¿qué escritores de literatura infantil y juvenil conocemos que no

conozcan realmente lo que se llevan entre cisura y cisura los niños egebásicos? Sería higiénico responder a estas cuestiones y mandarlas a los periódicos, a esta misma revista. Todos ganaríamos en el intento.

En el tiempo en que vivió Lichtenberg, circulaban «libros —y en Alemania los tenemos a porrillo— que no es que inviten a abandonar la lectura, ni de pronto lo adormezcan a uno o lo pongan de mal humor, sino que lo agotan a uno». Si aplicásemos este diapasón del aburrimiento y agotamiento mental, producidos por la lectura, ¿de qué libros estaría dispuesto a desprenderse el lector?, ¿de qué libros estaría dispuesto a afirmar que se trata de mercancías insalubres, capaces de producir epidemias de descerebramiento general?

Por último, un detalle que seguramente no resulta tan anodino a pesar de su aparente simplicidad en la formulación. «He observado —dice pues Lichtenberg— al menos cien veces, y no dudo de que muchos de mis lectores lo habrán observado ciento una o dos veces, que los libros con un título muy atractivo y bien elegido raramente tienen algún valor. Falta saber si el título no fue elegido antes del libro y quizá por otra persona.» ¿Confirma la experiencia del lector la apreciación de Lichtenberg? ¿Con qué libros le ha sucedido semejante cambalache? Con toda probabilidad, si esta pregunta se la hiciéramos a los niños, éstos encontrarían no cien títulos, sino doscientos. Títulos que prometían el oro y el moro, y se encontraron con que no pudieron ni atravesar el rubicón de las cinco primeras páginas. Suele suceder hasta en los mejores lectores.

Efectos nocivos de la lectura

Mucho se ha escrito, y ojalá se escriba más, sobre los hipotéticos efectos de la lectura en la mollera y aparato cardíaco del lector. Se han dicho tantas cosas buenas de la lectura, y de forma tan exagerada, que uno, en más



GUSTAVE DORÉ, FABLES DE LA FONTAINE, PARÍS: SACELP, 1982.

de un caso, se ha visto en la tentación de no leer nunca más un libro. He llegado a tener miedo de que mi espíritu crítico y creativo, mi imaginación y mi pluma se desarrollasen tanto, tantísimo, que me convirtiera en un Hiper. Y es el colmo de la exageración que espíritus reaccionarios, *conservadores*, afirmen sin rubor que quien lee mucho desarrolla más que nada ni nadie la tolerancia y el espíritu democrático.

Lo que la lectura llegue a hacer en la tura mental o cardíaca de un lector, niño o adulto, es realidad tan compleja que ni la misma escuela de Francfort, que ya es decir, puso puntos sobre las íes de la cuestión de una manera aproximadamente definitiva. Sobre este particular, Lichtenberg observará lo que ya suscribe el dicho popular: «Donde no hay mata, no hay patata». Él, aunque sabía mucho sobre este tubérculo y era un ilustrado, optó por decirlo de una manera más espiritual. Así: «Un libro es como un espejo. Si un mono se asoma en él no puede ver reflejado un apóstol». O dicho de otro modo: «Aquel libro produjo el efecto que habitualmente producen los buenos libros. Hizo más ingenuos a los ingenuos, más inteligentes a los inteligentes, y los otros varios miles, permanecieron inmutables».

Es evidente que el asunto de la lectura preocupó a Lichtenberg. Signo de ello es que dedica a este asunto una porción más que considerable de aforismos. Por esta razón, pero no sólo, me parece bueno y deseable que la mayoría de los profesionales dedicados a incubar en los niños el virus de la lectura lean a Lichtenberg. Se volverán más cautos y menos pretenciosos.

Menos lecturas y más verduras

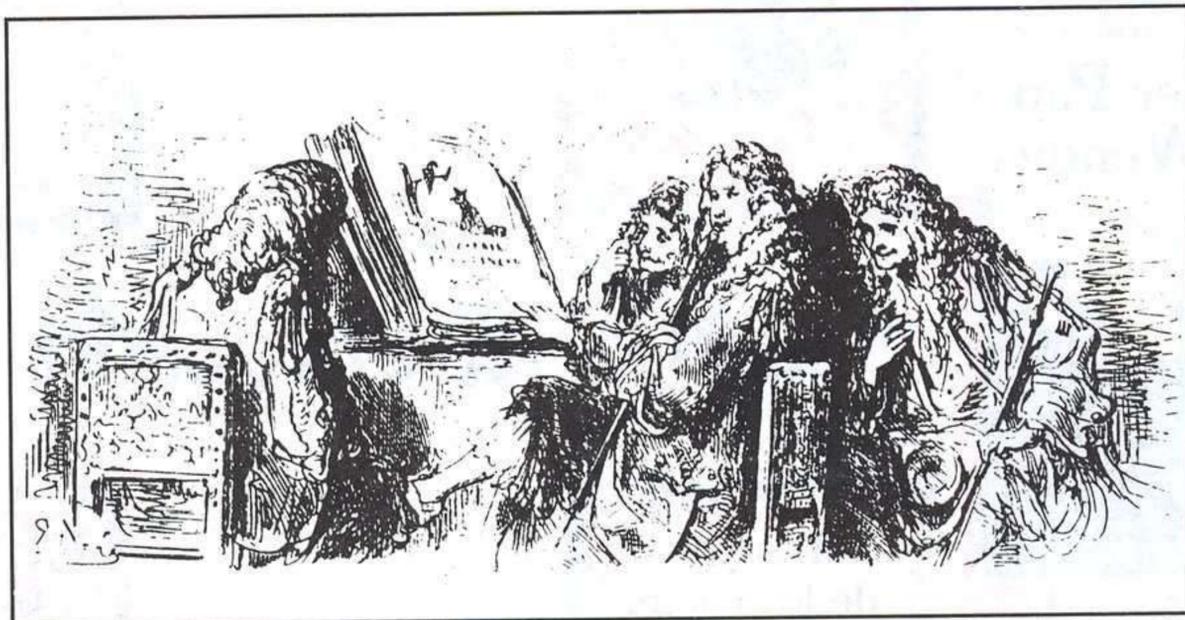
Ahora que todo el mundo adulto se ha empeñado en que lean los niños mucho y vean menos televisión, resulta sorprendente toparse con el libro de Lichtenberg, empedernido lector, diciéndonos: «¡Menos pararrayos, doctor Franklin!», es decir, «¡Menos lecturas, y más verduras!».

Contrariamente a lo que pudiera pensarse, Lichtenberg no es un fanático defensor de la lectura. Lo es mucho más de las tabernas. A la lectura le ve más inconvenientes que conveniencias. Considera, por ejemplo, mucho más saludable para el cuerpo y para la mente el mantenerse alejado de los libros. La lectura puede resultar muy peligrosa: «A menudo se recomienda pensar por sí mismo sólo para discernir los errores ajenos en el estudio de la verdad. Es una ventaja,

pero, ¿es eso sólo? ¡Cuánta lectura inútil nos ahorramos! ¿O es que leer significa estudiar? Con una gran base de verdad alguien ha afirmado que, si bien la imprenta contribuyó a la difusión del saber, también redujo su contenido. El exceso de lectura es perjudicial para el pensamiento. Entre todos los hombres doctos que he conocido, los más grandes pensadores eran los que habían leído menos».

Es decir, cuanto más lee uno, menos piensa por sí mismo. Cuanto más nos empeñemos en que los niños lean, más les ayudaremos a ser unos descerebrados en el día de hoy y en el día de mañana. Un niño, un adulto, cuanto menos toquen los libros, más dispuestos estarán a contagiarse del vicio nefasto de pensar. Poner en manos de los niños un libro es ofrecerles la posibilidad de dejar el pensamiento en asueto. Los niños, los adultos, van a pensar en pensamientos ajenos, no en pensamientos nacidos de su cerebro. Lo único que hará será rebatir, contrariar, afirmar, negar pensamientos o ideas de otros, pero no de uno mismo. Pensar uno mismo, por sí solo, sin ayuda de muletas conductistas, no es fácil. La lectura, desde luego, no favorece esa tarea. Más bien, la imposibilita. La anula.

Esta idea, que muchos la interpretarán a su modo para que no se entienda lo que realmente se dice en ella, la aplicará Lichtenberg a la sociedad misma de su tiempo (no a la actual, porque caso de haber vivido en nuestra época, Lichtenberg, ante la tasa tan baja de lectores en el país, debería sentirse satisfecho) emitiendo el siguiente dictamen: «De tanto leer hemos caído en una docta barbarie». No sin olvidar que «hay muchísima gente que lee sólo para no tener que pensar». Curiosamente, este mismo pensamiento —que parece un lugar común entre escritores muy leídos, paradójicamente— se puede encontrar en Stevenson, cuando afirmaba que «los libros resultan buenos en su estilo, pero no por ello dejan de ser un



GUSTAVE DORÉ, FABLES DE LA FONTAINE, PARÍS: SACELP, 1982.

pálido sustituto de la vida. Y cuando un hombre lee con exceso, le queda poco tiempo para pensar».⁴ Se me ocurre indicar qué sucedería en las escuelas si, en lugar de obsesionarse tanto por la lectura de los niños, se dedicaran sesiones enteras de biblioteca a pensar, únicamente a pensar. Sospecho que, tal vez, de esta singular manera, hasta es posible que muchos harrapiezos comenzaran a leer *motu proprio*.

Lichtenberg, aunque fue enemigo de dar consejos, no se privaría de caer en contradicción, y tratando de enmendarse a sí mismo, respecto a lo que se ha dicho en renglones anteriores, advertirá paternal: «No dejes que gobiernen tus lecturas, sino manda tú sobre ellas». Ése es el *quid* de la cuestión. Dominar la lectura, su embrujo, su seducción, la anulación del lector y de su pensamiento. ¿Cómo? Lichtenberg responde como profesor: «Una norma de lectura es condensar en pocas palabras la intención del autor y sus ideas principales, y adueñarse de ellas bajo esta figura. Quien lee así, está ocupado y gana mucho».

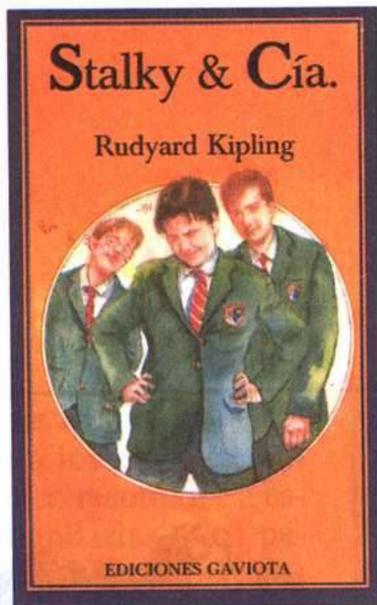
Es la lectura que denomina *activa*, frente a la *pasiva*, gracias a la cual «el espíritu no gana absolutamente nada y más bien pierde, y consiste en leer sin hacer comparación alguna con las reservas personales ni relacionar lo leído

do con el propio sistema de opiniones».

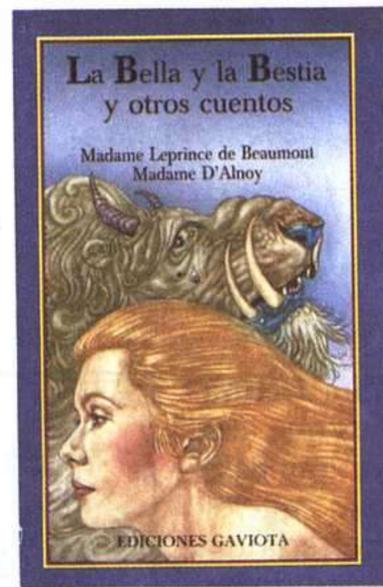
Desde que escribió Lichtenberg estas palabras han llovido ya muchas pedregadas. Hablar hoy en día de ideas principales, de las intenciones del autor (¿a la hora de escribir o sobre lo escrito?) es bastante más complicado de lo que tales significantes sugieren. Lo que Lichtenberg pide es que la lectura sea una lucha dialéctica, un encuentro boxístico con lo leído, no un colchón donde uno arroje su cerebro y se duerma. Lo que Lichtenberg pide es que la lectura sea como un hachazo en plena cisura de Rolando, una provocación a nuestros hemisferios cerebrales, un escalofrío que recorra nuestra columna vertebral y nos haga preguntarnos: ¿por qué?, ¿para qué? Lo que pide Lichtenberg no tiene nada que ver con lo que muchos maestros piden a sus alumnos en sus fichas de lectura comprensiva rebosantes de un tedio insoportable. ¿Cómo puede gustar a los maestros torturar a los niños con semejantes inutilidades? A mí me parece que Lichtenberg lo que sugiere es que existen muchos objetivos de lectura, y no uno solo, consistente en diez preguntas sobre una página o sobre un capítulo de un libro, o ciento cuarenta y dos, como sádicamente propone la editorial Alborada con sus cuadernos

Si te gusta...

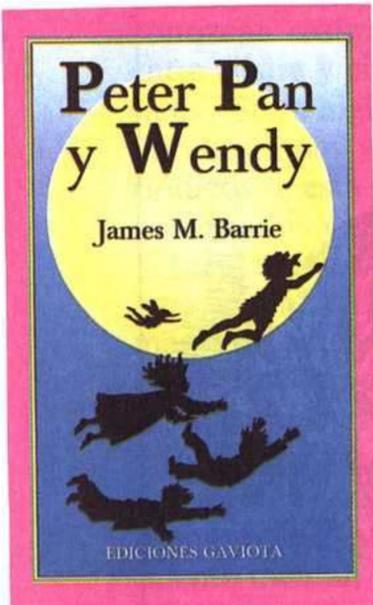
reír



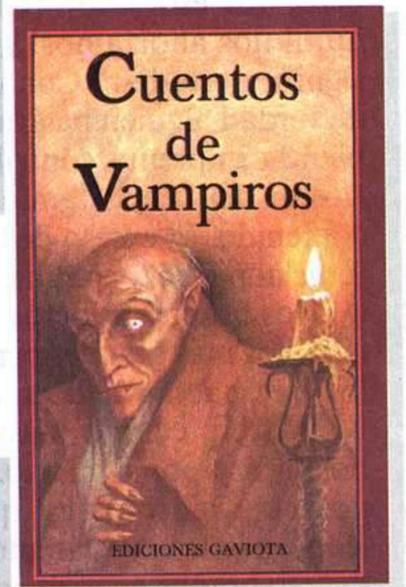
, llorar



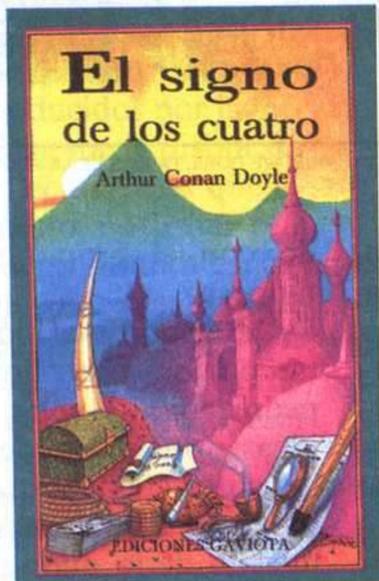
, soñar



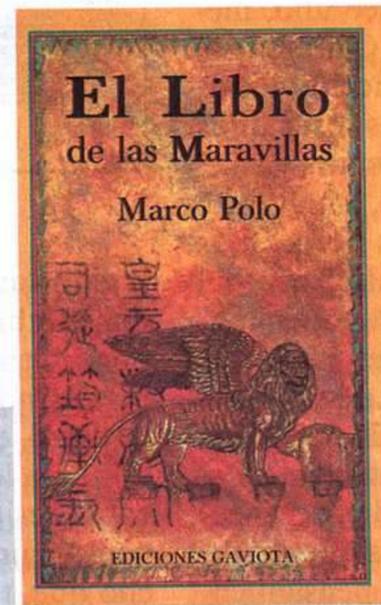
, sentir la emoción y la



intriga

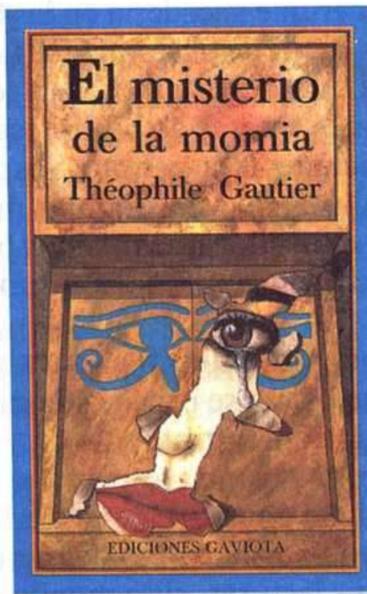


, viajar



, vibrar

con apasionantes

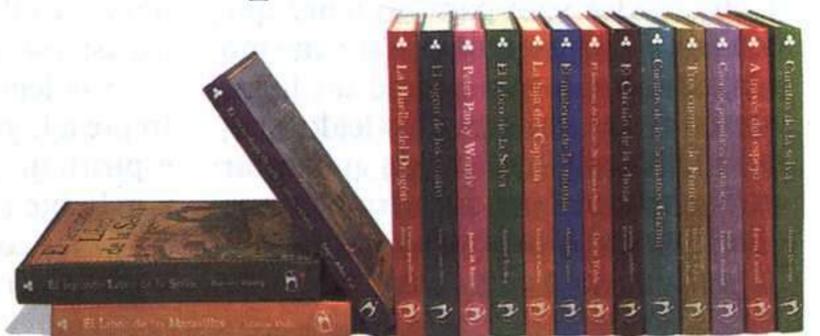


aventuras...

SI TE GUSTA VIVIR..., TE GUSTA LEER.

Publicados los 50 primeros títulos, junto con una excelente guía didáctica con datos y referencias prácticas para la lectura.

Colección Trébol ♣



EDICIONES GAVIOTA, S. A. Manuel Tovar, 8 - 28034 Madrid - Tel. (91) 358 01 08-Fax (91) 729 38 58



azules apestosos. El maestro debe pensar —y esto sí que lo piensa— que si el niño contesta correctamente a esas diez preguntas ha entendido el texto. Y eso, a todas luces pedagógicas, no es así. La lectura activa, que aconseja Lichtenberg, es la que no se hace en las escuelas. Esa lectura implica saber muy bien de antemano para qué se lee un texto, teniendo en cuenta que en el leer actúan como mínimo tres protagonistas: el lector, el autor y el texto. ¿Sobre cuál de ellos queremos hacer hincapié cuando se lee? Cuando se sabe para qué se lee, cuando se sabe para qué se obliga, democráticamente, a leer al niño, la lectura se convierte en algo activo (aunque como digo, obligado). Hasta la fecha, los niños de las escuelas son todos lectores pasivos, sometidos a la violencia de diez preguntas formuladas por el Moisés de turno sobre comprensión; ocho, sobre análisis; tres, sobre niveles lingüísticos; y dos, sobre naturalezas narrativas, y punto.

El alumno, por lo general, no sabe para qué lee un texto. El maestro, tampoco. Cada texto que se lee tiene un objetivo diferente. Un texto, un objetivo. Un texto, una pregunta fundamental. No es lógico que todos los textos escritos presentados a los alumnos tengan todos diez preguntas. Eso es signo de que el maestro no ha leído ni pensado el texto como Lichtenberg indicaba: de forma activa. Por tanto, su lectura, por parte de los alumnos, siempre será pasiva, impuesta, no deseada. En esa cochambrosa situación igual será leer un texto de Corín Tellado que de Nabokov. Este tipo de lectura lo único que producirá será lectores pasivos. El alumno vive un colonialismo lector impuesto por una escuela, que, a mi modo de ver, en ningún momento se ha planteado, como institución, qué sentido primero y último profundos tiene la lectura en la vida de la persona. El alumno acepta a regañadientes ese colonialismo porque se siente incapaz de rebelarse, y hace como que lee. La ma-



GUSTAVE DORÉ, FABLES DE LA FONTAINE, PARÍS: SACELP, 1982.

yoría de los niños, si son niños de verdad, no desean leer ni un cromó. Solamente los niños que sufren alguna melancolía en sus bázos respectivos, se refugian casi de forma espontánea y natural en la lectura, por ahorrarse enfrentamientos con el espejo de sus semejantes (padres, amigos, profesores). Solamente los niños «enfermos» se precipitan en la sima del libro sin necesidad de que el maestro los empuje. Al resto, que son mayoría, hay que mantenerles en la sangre la necesidad de leer... que, como tal necesidad, no pertenece al reino de la libertad personal. Eso es obvio.

Volvamos nuevamente a la relación entre pensar y lectura. Lichtenberg acierta cuando advierte que «la razón por la que los hombres pueden retener tan poco lo que leen es que piensan muy poco por ellos mismos. Cuando un hombre sabe repetir bien lo que otros han dicho es que, por lo general, ha meditado mucho él mismo, y su cabeza no es un simple cuentapasos, cosa que son muchas cabezas cuya memoria llama la atención [...], en el cerebro no sólo cuenta el tamaño, sino también la fineza y el peso específico». Cuando una escuela fracasa en su afán de despertar el gusto por la lectura, es porque se trata, también, de una escuela que no enseña a aprender a pensar. Y si no se

piensa, no se lee de verdad. Se sufre la lectura. Como se sufre pensando y formulando preguntas interesantes.

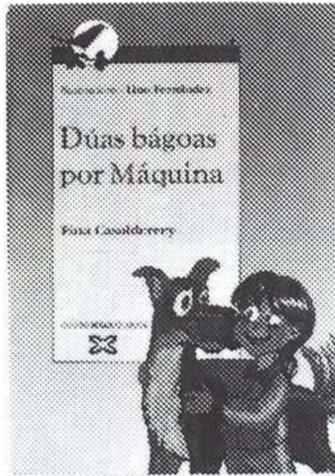
Tampoco es conveniente forzar al niño a que lea. Aunque para ello se utilicen métodos democráticos y amparados por orientaciones psicopedagógicas la mar de honorables. Si un niño no quiere leer, no pasa absolutamente nada. Ya hará otras cosas. Tal vez hasta llegue a pensar. Vivimos unos tiempos en que a los no lectores se los está convirtiendo en seres apestosos. Consideremos que el leer más no quiere decir que uno sea más feliz que quien no lo haga. Por lo que conozco de la vida infantil, más me inclino a pensar que los niños que menos leen tienen la piel más fina, les brillan más los ojos y no les duele la espalda.

Al hilo de estas (des)consideraciones Lichtenberg describe los frutos que derivan del leer mucho y del observar. Lichtenberg, al igual que Stevenson, piensa que «leer mucho vuelve orgulloso y pedante; ver mucho vuelve sabio, sociable y útil. El lector desarrolla excesivamente una sola idea; el otro (el que observa el mundo) adopta algo de todas las clases sociales, ve lo poco que el mundo se preocupa por el erudito abstracto o se convierte en ciudadano del mundo». Ignoro en qué medida las escuelas fra-



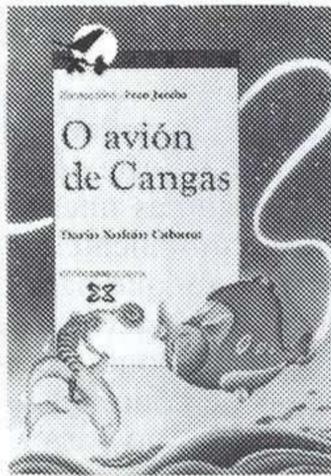
OS PREMIOS MERLIN

PREMIO MERLÍN



Dúas bágoas por Máquina
Fina Casalderrey

FINALISTA



O Avión de Cangas
Darío Xohan Cabana

PARA PRIMEIROS LECTORES

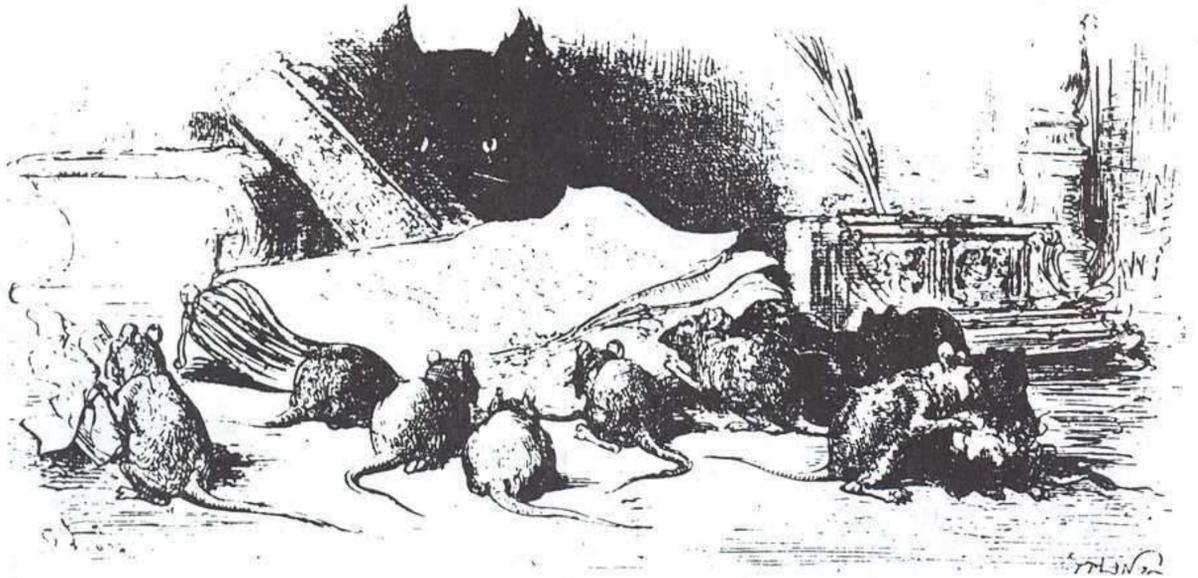


Oso mimoso
Bernardino Graña

XERAIS



LECTURA



GUSTAVE DORÉ, FABLES DE LA FONTAINE, PARÍS: SACELP, 1982.

casan, en su intento de crear lectores, al forzar, por imperativo categórico de una pedagogía que se presupone progresista, ese deseo. A mí también me parece que ver, observar, ser sensible a las llamadas o silencios de la naturaleza, traspasar con los ojos y las manos la materia prima que nos invade, devuelve al ser humano su verdadera dimensión existencial y, por lo mismo, el sentido profundo de leer un libro, de leer la vida. Obsesionados con la lectura de los libros, nos olvidamos de otras posibles lecturas: la de recorrer calles, contemplar edificios, observar personas, mirar rostros, distinguir la luz de la mañana de la de la (¡vaya palabra!, *deladela*) tarde; recorrer con la vista el curso de un río, de un charco, de una huella, de un animal, de un anciano, de un compañero, de una mano, en fin, de un signo.

Para Lichtenberg, la manera más natural de hacer buenos lectores, activos, humildes y buenos ciudadanos, es procurar despertar en ellos la sensibilidad, la vena indagatoria que todos llevamos latente en el cuerpo. Si se convierte al alumno en un «investigador», en un «inquisidor» acerca de todo lo que le envuelve a su alrededor, se conseguirá hacer de ellos lectores activos, nada pedantes. Según Lichtenberg es preferible tener ese talante «científico» ante la vida, que leerse toda la colección de Alfaguara. Más aún: si en el potencial lector, que es el alumno, se despierta ese sentido científico, observar las cosas con

gran amplitud y con criterios propios, piensa Lichtenberg que así ayudaremos de verdad al individuo a dominar sus lecturas. Porque quien observa está más capacitado para sacar provecho de lo que dice el otro, el libro. Ya que de la observación, uno puede extraer pensamientos y consecuencias por uno mismo. Mientras que la lectura te lo da todo hecho, hasta el pensamiento, hecho papilla. Y la raíz de dicho pensamiento no está en uno, sino en los otros.

Termino. Paralelo al efecto, que podría denominarse dormitorio de la lectura, sitúa Lichtenberg esta otra consecuencia dañina: «El significado de las palabras se desgasta y las ideas sólo se expresan ya de forma aproximada. La expresión le queda holgada a la idea». ¿Es cierto esto? Que cada uno reflexione sobre ello. ■

* Víctor Moreno es escritor.

Notas

1. Voltaire: *Opúsculos satíricos y filosóficos*, Madrid: Alfaguara, 1978. El título de este artículo está tomado de este libro de Voltaire, *Del horrible peligro de la lectura*. En él, el ilustrado y cáustico Voltaire presenta el edicto que Yusuf Cheribí publicó para «condenar, procribir, anatematizar el susodicho infernal invento de la imprenta» y de la lectura.
2. Lichtenberg, G.C.: *Aforismos*, edición de Juan del Solar, Barcelona: Edhasa, 1990.
3. André Breton, en *Antología del humor negro*, Barcelona: Anagrama, 1991, hace un retrato del genio de Lichtenberg.
4. Stevenson, R.L.: *Apología de los ociosos y otras ociosidades*, Barcelona: Laertes, 1979.